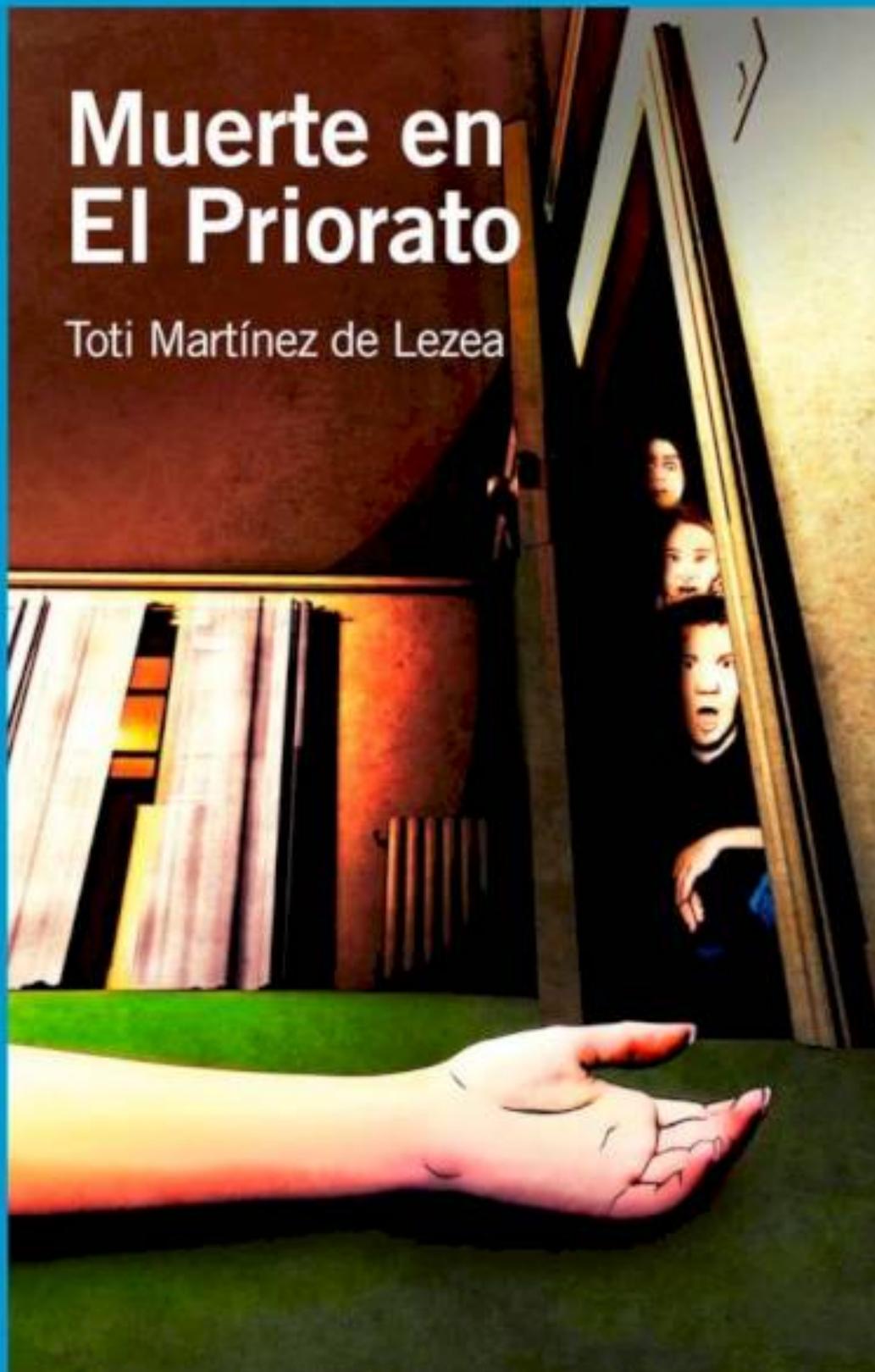


# Muerte en El Priorato

Toti Martínez de Lezea



Iker tiene que estudiar este verano, así que no va a poder llevar a cabo el plan que tenía pensado. Va con sus padres a un hotel rural en una zona tranquila donde, para colmo de males, entre los huéspedes descubre al profesor que le cateó. Las vacaciones se presentan horribles... pero una extraña muerte en el hotel y la amistad con dos chicos que le ayudarán en sus investigaciones, darán un giro total a la situación.

# Muerte en el priorato

A Isabel Martínez de Lecea.



El agua era transparente y podía ver las algas y los peces de colores con perfecta claridad sin necesidad de llevar las gafas de buceo. Incluso podía respirar a varios metros bajo la superficie. Era una sensación extraña, pero a él le parecía de lo más natural. Divisó una estrella de mar gigante y nadó hacia ella para observarla con más atención; el animal encogió sus tentáculos y se hizo un bola, como si fuera un erizo. Alargó la mano para tocarla y...

—¡Que vas a llegar tarde al instituto!

Lo despertaron de golpe el ruido de la puerta al abrirse y la desagradable voz de Juanamari. Iker tardó un rato en darse cuenta de que no estaba nadando en un mar azul, de aquellos que aparecían en los catálogos de viajes, sino que se encontraba tumbado de través sobre una cama revuelta, con la sábana bajera hecha una bola y el edredón tirado por el suelo. Aún tardó un rato en levantarse y permaneció con los ojos cerrados, deseando que el momento se alargara hasta el infinito.

Juanamari, la asistenta, entró en el cuarto y abrió las cortinas de un tirón al tiempo que murmuraba algo sobre el olor a pies y el desorden de la habitación.

—¡Que vas a llegar tarde al instituto! —repitió antes de salir.

La oyó moverse por el piso y encender la radio para escuchar el programa matinal, y supo que no tenía escapatoria. Se levantó despacio, como si su cuerpo, en lugar del de

un joven de catorce años, fuera el de un luchador de sumo de 250 kilos de peso.

Todas las mañanas le ocurría igual. Tal vez le costaría menos levantarse si se fuera antes a dormir, en lugar de andar navegando por Internet hasta pasadas las doce de la noche. Su madre le pilló en una ocasión en que se había bajado de la red una canción de las últimas de los *Queen of the Stone Age* y la música sonó como una sirena de ambulancia por el pasillo. Desde entonces, procuraba tener más cuidado y no cometer errores. Trabajaba sin luz y navegaba en silencio, o se colocaba los auriculares que había comprado con el dinero que le había regalado tía Marta por su catorce cumpleaños. Era un buen invento ese del Internet; podía chatear con un millón de personas, visitar mil mundos diferentes sin salir de su habitación, y, con la práctica, se había convertido en todo un experto. Sus padres le habían regalado un equipo completo por su último cumpleaños.

—Para que vayas introduciéndote en la técnica del futuro —apostilló su padre con tono de entendido—. Dentro de poco, el que no sepa utilizar el ordenador será un analfabeto integral.

—Y no pierdas el tiempo entrando en los chats y en las páginas porno —le avisó su madre—. Es una herramienta de trabajo.

En el fondo, estaba seguro de que sus padres querían compensarle por el poco tiempo que pasaban con él. Salían de casa hacia el trabajo antes de que él se despertara y volvían para cenar y meterse en la cama. Ya ni recordaba la última vez que habían hablado los tres en familia, como su amigo Santi, sus padres y hermanos que siempre encontraban tiempo para charlar y reír juntos. Algún fin de semana que sus padres no tenían compromisos o aprovechaban para hacer un viaje corto, comían en silencio sin nada que decirse y con la tele encendida. Pero ¿de qué iban a hablar?

- ¿Qué tal en el instituto?  
—Bien, ¿y vosotros en la oficina?  
—Bien, ¿y los estudios?  
—Bien.

No es que echara en falta las escenas familiares que veía en algunas series de televisión, casi todas americanas, en las que los padres jugaban al baloncesto con sus hijos y las madres cocinaban para toda la familia o parecían tan jóvenes como sus propias hijas, ¡qué pesadez! Pero le habría gustado compartir algo más su vida con ellos, y que ellos compartieran la suya con él. Echó una mirada al reloj con forma de pingüino, horrible regalo de tía Marta por su sexto cumpleaños y que aún funcionaba.

—¡Jobar! ¡Las nueve menos cinco!

Se vistió a toda velocidad con la misma ropa que el día anterior: un pantalón vaquero arrugado y un niqui negro, no menos arrugado, que llevaba dibujada en el pecho una mano peluda de hombre lobo. Se calzó las playeras sin soltar los cordones, cogió la mochila y salió disparado de su cuarto en el mismo momento en que daban las nueve en el reloj de la plaza.

—¿No vas a desayunar? —oyó preguntar a Juanamari.

—¡No tengo tiempo! —respondió él antes de dar un portazo y bajar de cuatro en cuatro los escalones hasta el portal.

El bedel estaba a punto de cerrar la verja cuando Iker llegó como una exhalación y se coló por la estrecha abertura.

—Otra vez tarde —dijo el hombre a modo de saludo, pero él no contestó y corrió hacia el edificio.

No quedaba nadie en los pasillos y se dirigió a su aula en el segundo piso. ¡Qué mala pata! La primera clase de los viernes era la asignatura de Cultura Clásica y el viejo Apraiz estaría en aquellos momentos calándose las gafas y mirando uno a uno a los veinticinco alumnos de Tercero A

para comprobar quién faltaba. Abrió despacio y asomó su cabeza rizada y despeinada por la puerta.

—Urrutia, me gustaría verlo en su sitio antes de que yo llegara, aunque sólo fuera una vez en todo el curso.

Le dirigió una sonrisa de disculpa y se apresuró a ocupar su lugar. ¿Quién le habría mandado a él escoger Cultura Clásica entre las materias optativas? Le había parecido que podría resultar interesante. Por otra parte, tampoco había mucho donde elegir: o ésa, o Francés, y, a fin de cuentas, podría resultarle provechosa si decidía presentarse junto a su pandilla a uno de aquellos concursos de la tele. Algunas veces los veían en casa de Santi, y quien no sabía una respuesta, sabía otra. Él, estaba claro, respondía casi sin pensar a las preguntas de nombres de animales y sitios raros, como por ejemplo cuál era la capital de Siria. Aunque no podía ubicarla en un mapa, había dejado pasmados a sus amigos al decir «Damasco» antes que los concursantes. La pasta del concurso les vendría bien. Estaban a punto de convencer a sus padres para que los dejaran apuntarse a una excursión que el club de montañismo del barrio había organizado a Huesca para hacer *trekking* durante el mes de agosto.

—Si te lo ganas —había dicho su madre.

—Si apruebas —había dicho su padre.

Y lo mismo habían dicho los padres de los demás. Querían demostrarles que no solamente se lo merecían después de todo el curso estudiando como burros, sino que, además, estaban dispuestos a trabajar en lo que fuera durante el mes de julio para pagarse el viaje. Aunque, claro, si lograban el dinero en el concurso, menos esfuerzo.

—Aquí tenéis las notas.

La voz del profesor le hizo olvidar sus planes y prestar atención. Era la última evaluación y necesitaba aprobarla. No había logrado superar el cinco en las otras tres por los pelos, pero una buena nota en esta última podía salvarlo de la hecatombe. Esperó a que le entregaran su hoja, cerró

los ojos durante un instante para darse fuerzas y al abrirlos de nuevo se encontró con un fatídico 4,7. Atónito, contempló la nota sin llegar a creérsela. ¿Acaso el viejo Apraiz estaba loco? ¿Cómo podía negarle tres miserables décimas en la última evaluación?

—A los que habéis aprobado, enhorabuena. Los demás, recoged estas hojas en las que he preparado el programa de estudio para el verano. Espero que en septiembre vendgáis mejor preparados.

¡Viejo roñoso! ¡Así se le cayesen los pelos de sus barbas de chivo!

No escuchó ni una palabra durante el resto de la hora. Apenas podía pensar con claridad. Tenía aprobadas las demás asignaturas, pero su padre le había advertido que únicamente habría *trekking* si las aprobaba todas.

—TODAS —recalcó.

Y estaba seguro de que mantendría su palabra. Cuando asumía el papel de «padre responsable», no había quién le discutiera ni una coma. ¡Y tenía que ser precisamente aquella materia, la menos interesante, la que iba a fastidiarle unas vacaciones fenomenales y a hundirle en la miseria!

Se levantó como un autómatas al sonar el timbre de cambio de clases y se aproximó a la mesa del profesor, encima de la cual estaban las hojas con el trabajo para el verano.

—¿No hay ninguna otra posibilidad? —se aventuró a preguntar, plantando cara a su mayor enemigo en aquel momento.

—No —respondió éste—. Si usted se hubiese molestado en llegar puntual y hubiera atendido en lugar de dedicarse a soñar durante las clases, tal vez habría disfrutado con esta materia y ahora no estaríamos hablando de ello.

No replicó; cogió la hoja, la metió en la mochila sin echarle ni un vistazo y salió sin despedirse del hombre que acababa de amargarle el día y el verano. Iría a hablar con el tutor, se dijo, y a exponerle su situación. No era justo que

con todo aprobado tuviera que fastidiarse por una asignatura que no pensaba elegir en el curso siguiente. ¡A la mierda con la Cultura Clásica! Era una bazofia, buena para cuatro pelagatos con pinta de intelectuales, pero a él no le iba a hacer ninguna falta para estudiar Informática. Manu era un buen tipo y lo entendería; él hablaría con el viejo barbas de chivo y conseguiría que lo aprobase.

Pero el tutor escuchó con atención, afirmando con gestos de cabeza a cada uno de sus alegatos y, finalmente, le informó de que el profesor Apraiz nunca cambiaba las notas de las evaluaciones. No había nada que hacer al respecto.

Al volver a casa, olió a croquetas recién hechas y su estómago se contrajo para recordarle que no había probado bocado desde la noche anterior. Juanamari había dejado la comida preparada encima de la mesa de la cocina: una ensalada de patatas y unas croquetas de carne. Tiró la mochila junto a la nevera y empezó a comer antes incluso de haberse sentado. Entonces, se fijó en la nota que la mujer había apoyado en el vaso.

Ha llamado tu madre, que ella y tu padre tienen un compromiso y no volverán hasta la noche.

El curso estaba a punto de finalizar, sólo había clase por las mañanas y en un par de semanas no tendría que levantarse para ir al *insti*. En otro momento, se habría alegrado y habría salido hacia las piscinas municipales, las descubiertas, que acababan de abrir para la temporada de verano, pero aquel día no tenía ganas de estar con nadie y menos de escuchar los planes de sus amigos para las vacaciones. A su padre le encantaban las croquetas frías y siempre le dejaba media docena en la nevera para él, pero no estaba de humor para hacer favores a nadie y, en venganza, se las comió todas.

Juanamari había hecho la cama y ordenado su cuarto. Su madre le obligaba a hacerse la cama cuando era más pequeño, pero llevaba tiempo sin hacérsela. ¿Para qué? Era él quien dormía en ella y le daba igual que las sábanas estuvieran o no estiradas y el edredón en su sitio. Se tumbó y contempló un póster de la primera película de *El señor de los anillos* clavado en la pared con unas chinchetas. Le gustaba aquel dibujo de una fortaleza en llamas y varios dragones voladores atacándola. Se imaginó a sí mismo como Aragorn y al profesor Apraiz como el malvado Saruman, y se divirtió un rato recreando una lucha entre los dos en la cual, por supuesto, él salía vencedor. Era una pena que esas cosas no pasasen en la realidad.

—Iker, ¡eres un idiota! —se dijo.

Siempre le había gustado soñar, dormido o despierto. A fin de cuentas, no hacía daño a nadie y creaba su propio mundo, el que más le apetecía en cada momento, pero ya no era un niño y era absurdo perder el tiempo en imaginaciones que no llevaban a ninguna parte. Se levantó de la cama enfadado consigo mismo y encendió el ordenador, «la máquina infernal» que ponía la tierra conocida a su disposición. Sin casi darse cuenta, tecleó «apraiz» en el buscador e inmediatamente aparecieron 160.728 resultados. ¿Cómo diablos se llamaba? No tenía ni idea. En el *insti* todo el mundo lo llamaba profesor Apraiz o Apraiz a secas, pero en algún momento había oído decir que el tipo era una eminencia, o como se dijese, en su materia.

—Bueno, ¡no será para tanto! —exclamó en voz alta.

Si fuera un sabio, no estaría dando clases en un *insti*; por lo menos estaría en una Universidad o se dedicaría a escribir libros que nadie leería, él desde luego no.

Pasó unas cuantas páginas, pero no encontró nada interesante. Tampoco había nada especial en un par de chats en los que se metió con el pseudónimo de «acorralado». Al principio le había divertido mucho introducirse como un cazador furtivo a la búsqueda de una presa a la que marear

diciéndole trolas, echándose años y presumiendo de lo que no era para intentar ligar, pero pronto se dio cuenta de que los demás participantes hacían lo mismo y acabó aburriéndose. De vez en cuando entraba en alguno por si acaso tenía suerte y encontraba a alguien diferente, pero estaba claro que los *chateadores* eran todos tan mentirosos como él y tampoco le apetecía entrar en un foro, aunque a menudo encontraba temas apetecibles para pasar un rato. Harto, dejó el ordenador encendido, cogió el balón de baloncesto y se marchó a la cancha que había debajo de su casa.

Tal y como esperaba, tuvo que olvidarse del *trekking*. De nada valieron sus alegaciones de abogado de serie televisiva, ni sus promesas de estudiar durante las vacaciones. Sus padres se mantuvieron firmes y no hubo manera de que cambiaran de opinión, pero a él le dio la impresión de que, más que disgustados por el suspenso, se sentían aliviados por tener una disculpa para no dejarlo marchar con sus amigos. Aunque no se lo dijesen, estaba seguro de que temían que algo malo pudiese ocurrirle.

Había sucedido lo mismo con el monopatín que había pedido dos años antes y que no quisieron regalarle para Navidades aduciendo que no se lo había ganado. Su amigo Santi le regaló el suyo viejo, y no pudieron negárselo, pero respiraron aliviados el día que se dio un trompazo y lo partió en dos. Aprovecharon la coyuntura de que se había roto el brazo derecho para prohibirle volver a subirse en uno. No le importó demasiado, todo había que decirlo, porque el golpe fue morrocotudo y se le quitaron las ganas durante una temporada, pero le agobiaba tanta superprotección. Ya no era un niño y ellos lo trataban como si todavía lo fuera.

Resignado, decidió poner al mal tiempo buena cara y organizarse. Tenía las piscinas y la cancha de baloncesto, y más suerte que algunos de sus amigos, obligados a marchar al pueblo de los abuelos o a acudir a playas llenas de gente y de medusas, y en las que no cabía una pulga.

Sin embargo, a mediados de julio, sus padres le dieron un susto de muerte al informarle de que pasarían unos días en la casa rural de unos amigos, concretamente del uno al diez de agosto. Así evitaban tener que aguantar los ruidos nocturnos de las tradicionales fiestas de La Blanca, afirmaron.

—¿Yo también? —preguntó sin esperar una negación.

—¡Pues claro, cariño! —exclamó su madre pasándole la mano por el pelo, algo que Iker odiaba—. No pensarás que vamos a dejarte solo aquí, ¿verdad?

—¿Y Juanamari?

—¿En qué mundo vives, hijo? Ella también tiene vacaciones.

—¿Y dónde está ese sitio?

—En el campo.

—¿Dónde para ser exactos?

Se le había atragantado el bocadillo de chorizo de Pamplona que se estaba metiendo entre pecho y espalda. Estaban locos; definitivamente, estaban locos. ¿Cómo se les ocurría llevárselo al campo como si fuera un crío? ¿Y qué diablos iba a hacer él en el campo? El campo estaba repleto de moscas y bichos, y ya se le había pasado la edad de atrapar lagartijas.

—En La Rioja.

¡Aquello era peor que ir a una playa con la tortilla y la gaseosa! A sus padres les encantaba La Rioja e iban por allí siempre que tenían ocasión. A él también lo llevaban cuando era un niño, aunque logró zafarse del engorro al cumplir los doce. Prefería mil veces más quedarse en casa de tía Marta que andar dando vueltas respirando el aire puro — que decía su madre— o metido en un restaurante donde su padre siempre pedía lo mismo: patatas a la riojana y chuletilas de cordero. Se reunían con unos amigos y él se aburría como un hongo. La idea de pasar diez días paseando y comiendo chuletilas le puso enfermo, e hizo un último intento.

—¿No puedo quedarme en casa de tía Marta?

—No. Se va a Grecia con otras profesoras de la Universidad y, además, las vacaciones son para pasarlas en familia, padres e hijos.

Juró por lo bajines que si algún día tenía hijos, los trataría como a personas adultas y jamás los obligaría a ir de vacaciones a lugares que no quisieran ir.

Todavía hizo varias intentonas para eludir la tortura; incluso logró hacerse invitar por la madre de Santi para quedarse en su casa ya que ellos no iban a ninguna parte, pero fue inútil. A la mínima insinuación, su padre le dirigió una de aquellas miradas suyas que decían más que mil palabras, y no insistió. Evitó informar a sus compañeros sobre su terrible infortunio. Los escuchó hacer planes, hablar del viaje a Huesca, de acampadas, de las fiestas, y no le cupo la menor duda: de todos, era el que peor suerte tenía, el más gafe.



A pesar de los esfuerzos de sus padres por contagiarle su entusiasmo, hizo el viaje en silencio, decidido a no abrir la boca durante los días que durase la tortura. Sería su manera de expresar su protesta —se dijo—, ya que no le dejaban elegir y lo obligaban a hacer algo que no quería. ¡No esperarían, encima, que estuviese contento como si nada! Se pasaría el día encerrado, estudiando el libro de Cultura Clásica hasta sabérselo de memoria, y, desde luego, no tenía la menor intención de congeniar con los hijos de los amigos de sus padres.

—¡Ya verás qué bien lo pasas! —oyó decir a su madre—. Maika y Pablo tienen una hija de tu edad y un hijo de doce. ¡Lo pasaréis bomba los tres!

No lo creía en absoluto. La amistad era una cosa muy seria y él ya tenía sus propios amigos y, por supuesto, ninguno de ellos era chica. No entendía a las chicas. Un día estaban la mar de amables y al día siguiente ni te miraban. Más de una vez lo había hablado con Santi y los otros. Siempre iban en grupo y se pasaban el tiempo riendo y cuchicheando. De acuerdo que eran más empollonas y solían sacar mejores notas que ellos, a excepción de Álvaro Ugalde, el cerebrito de la clase, pero, por lo demás, no tenían nada de interesante.

A él le gustaba Anabel, pero nunca había hablado en serio con ella. Cada vez que lo intentaba, que se le acercaba, se echaba el pelo hacia atrás en plan modelo de las de la tele y se le quedaba mirando como si él fuera un mar-